

DEL **ARCHIVOS PRESENTE**

Año 8 / Número 32 / Buenos Aires / Argentina \$15
Uruguay \$200 / Brasil R\$25 / Chile \$7.500

¿PUENTES, BOMBAS O FANFARRONEADAS?

MADHELINE ALBRIGHT

LA PÉRDIDA DE LA INOCENCIA

RUBENS RICUPERO

DETERIORO POLÍTICO EN AMÉRICA LATINA

JOZAMI / FERNÁNDEZ SAAVEDRA

REINVENTAR OCCIDENTE

DOMINIQUE MOISI

UN AÑO DE LULA

ALBERTO FERRARI ETCHEBERRY

MERCOSUR, ESTADO Y GOBIERNO

ROHIT / JACOVELLA / SANTIVÁÑEZ VIEYRA / TACCETTI / COHEN

CRIMINALIDAD Y TRÁFICO DE NIÑOS

KLIKBERG / KAPSTEIN

**DESARROLLO
REGIONAL**

PARIJA / NEMI

REVISTA
LATINOAMERICANA
DE TEMAS
INTERNACIONALES

2003-2004

**ARTE
CONTEMPORÁNEO**

TORTOSA

Título original: "CAMBIOS EN EL MUNDO Y
NUEVAS PERSPECTIVAS ARGENTINAS"
(Cambiado confusamente por el editor por:)

NUEVAS ÓPTICAS Y PERSPECTIVAS

GUILLERMO JACOVELLA

EMBAJADOR DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

G O B I E R N O
Y S O C I E D A D

Nos queda ya muy poco del optimismo de los noventa, tras la caída del Muro y la disolución de la Unión Soviética, la preeminencia norteamericana y su éxito en la primera Guerra del Golfo.

Los mensajes eufóricos sobre la globalización han sido desmentidos por los hechos. Las desigualdades entre los Estados se han incrementado en el último decenio tanto como en el ámbito interno de casi todas las naciones.

El credo fundamentalista sobre la globalización y los mercados omite mencionar, como bien lo destaca Aldo Ferrer, que el ochenta por ciento de la producción mundial se destina a los mercados internos, que las exportaciones sólo representan el veinte por ciento del producto mundial, que nueve de cada diez trabajadores producen para el mercado de sus respectivos países y que el noventa y cinco por ciento de la acumulación de capital en el mundo se financia con el ahorro interno de los países.

Podemos coincidir también con la idea de que el fenómeno de la globalización surgido en los noventa, no sólo no es inédito -ha habido antes de la Primera Guerra Mundial una relación entre comercio y producción equivalente y hasta superior a la contemporánea, sin contar que en el siglo XIX y principios del XX emigraron sin trabas a América



cincuenta millones de personas-, sino que es en gran parte un fenómeno mediático, alentado por el desarrollo de las comunicaciones y el desmesurado volumen de transacciones financieras internacionales.

Por otra parte, se ha ido acrecentando en las últimas décadas la desaceleración del crecimiento global y la pérdida de dinamismo de las economías centrales (en los setenta habían crecido al 4,5 por ciento y en los noventa al 2,9 por ciento).

También ha ido creciendo la deuda pública en los países más ricos. En los países del G7 llegó a alcanzar el setenta y tres por ciento del producto bruto interno (catorce billones de dólares, contra 2,2 billones de los países en desarrollo). El negocio financiero, a su vez, se transformó en el centro de la economía del mercado y de la economía global. Las crisis financieras asiáticas y luego la de Brasil precedieron



al derrumbe de la gigantesca burbuja financiera y especulativa en Estados Unidos, tras las estrepitosas y multimillonarias quiebras de Enron, Global Crossing y World Com. Piénsese que estos fenómenos fueron anteriores al 11 de septiembre de 2002.

Es útil destacar, por último, en este campo de la globalización y la economía, que también se han expandido los negocios ilegales y sus vinculaciones financieras y con empresas productivas. El narcotráfico, según estadísticas confiables, moviliza hoy más de seiscientos mil millones de dólares anuales, a los que deben añadirse cifras semejantes por los negocios colaterales que esas actividades generan. No es necesario explicar que estos negocios se llevan a cabo por medio de los grandes bancos internacionales, sin que hasta el presente se hayan dado pasos efectivos para controlarlos o para afectar la libertad de las transacciones financieras, en especial a través de los paraísos fiscales.

A estas perspectivas de desencanto en el campo económico se han sumado otras más graves en el campo político y en el de las Naciones Unidas. Tras el tremendo impacto que los actos terroristas del 11 de septiembre crearon en el seno de la comunidad norteamericana, su gobierno adoptó, al amparo de su hegemonía militar indiscutible y la debilidad potencial de todos sus eventuales oponentes, el derecho de emprender acciones bélicas unilaterales y preventivas en cualquier lugar del mundo, de acuerdo a sus propios intereses y perspectivas. Y ese criterio lo puso en práctica invadiendo Irak y marginando resueltamente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Esta vez, Estados Unidos puso en cuestión todo el sistema de convivencia internacional instaurado después de 1945 y sumó un nuevo

y decisivo elemento de incertidumbre en el escenario mundial. En contraste, la Unión Europea, si bien ha continuado la ampliación de sus contornos para incorporar a las naciones de Europa del Este y está por dotarse próximamente de una Constitución Federal, no ha podido aún unificar sus posiciones y sus políticas para asumir un rol protagónico en la escena internacional.

AMÉRICA LATINA

Es en estas perspectivas de incertidumbre y de desencanto, de falta de designios para concebir y asegurar un nuevo, estable y más justo orden internacional que será necesario entender las nuevas realidades latinoamericanas.

Las desastrosas consecuencias creadas por el llamado Consenso de Washington, con su prédica de liberalización comercial, desregulación financiera y de retraimiento del Estado de sus funciones arbitrales y conductoras, han hecho que la década del noventa fuera otra década poco promisoría para América Latina. No sólo aumentaron los índices de pobreza sino también el desempleo y la marginalidad. Las recetas clásicas del FMI se han demostrado inviables, al igual que el pago de las incrementadas deudas públicas de nuestros países. El fracaso del llamado paradigma neoliberal para asegurar niveles mínimos de desarrollo y de bienestar para las grandes mayorías latinoamericanas ha abierto el camino para un replanteo de las perspectivas y de las políticas en casi todas las naciones del hemisferio.

Podemos decir que ese replanteo de los paradigmas hasta ahora vigentes ya se ha hecho notorio, sobre todo con la asunción de los nuevos gobiernos en Brasil y la Argentina y con su decisión de afrontar en forma conjunta, desde el Mercosur, políticas de crecimiento y de negociación internacional basadas en sus propias necesidades y objetivos.

Vale la pena mencionar que el Mercosur originario estaba sostenido por una firme voluntad política y apuntaba a consolidar las democracias renacientes, a afrontar en común los desafíos de la ingente deuda externa, a consolidar la paz en la región sobre la base de ambiciosos programas de cooperación nuclear y tecnológica y, por fin, a estrechar los lazos económicos entre las dos naciones. En ese tiempo se suscribieron augurales y fructíferos entendimientos



que dieron lugar a una nueva era en las relaciones bilaterales y luego regionales al constituirse formalmente el Mercosur, con la incorporación de Paraguay y Uruguay.

Los acuerdos de cooperación nuclear eran un símbolo decisivo para asegurar la paz en la región y la amistad entre los dos países, tarea que fue luego ampliada y desarrollada en los siguientes diez años con planes efectivos de intercambio, la firma conjunta del Tratado de No Proliferación y la creación de una agencia de inspecciones recíprocas a instalaciones nucleares que hoy sigue operando.



Por otra parte, se coincidía en que la integración de los dos países debería llevarse a cabo por medio de un proceso de comercio administrado y de integración de sectores productivos a fin de respetar las asimetrías y asegurar ventajas recíprocas y especializaciones industriales complementarias.

Con la constitución formal del Mercosur en los noventa, éste tomó un sesgo eminentemente comercial que dio alentadores resultados en los primeros años, pero que ya está urgiendo un replanteo profundo ante los signos visibles de pérdida de vitalidad. Algún analista político ha señalado que esa reorientación neoliberal tuvo sus benéficas consecuencias al crear una enorme red de intereses económicos y comerciales sin sufrir interferencias externas y que de insistirse en los primeros objetivos estratégicos posiblemente se hubieran encontrado escollos insoslayables.

Como bien dice Miguel Cuervo, el Mercosur se creó en los noventa con pocos resguardos, sin salvaguardias, sin coordinación de políticas macroeconómicas, sin esquemas de solución de controversias y sin compensaciones al amplio programa de subsidios federales y estatales de Brasil. Más aún, no tuvo previsiones para devaluaciones o crisis financieras.

Los subsidios y los desvíos cambiantes, así como la convertibilidad argentina, hicieron que se trasladaran a Brasil fuertes industrias de manufacturas argentinas o se desviarán inversiones que venían a nuestro país.

Por otra parte, Brasil ha sido el último en aprobar por ley el acuerdo para establecer un tribunal independiente para dirimir controversias en el Mercosur, sin tener que recurrir a los desgastantes arbitrios de las cancillerías o de los presidentes.

Un último déficit a corregir es el de la internalización de los acuerdos suscriptos en el Mercosur, que para la Argentina tienen jerarquía superior a las de las leyes internas, cosa que no sucede en Brasil, lo que dificulta su implementación.

Toda esta revisión está entre los objetivos anunciados por los presidentes Kirchner y Lula, y fueron ratificados en el reciente encuentro de Buenos Aires, por lo que esperamos que se pongan en marcha progresivamente.

La cooperación económica y comercial en el plano externo ya ha cobrado nuevos bríos tanto en el plano bilateral como multilateral. En el primer campo, además de los acuerdos con sus miembros asociados—Chile y Bolivia—, el Mercosur ha firmado recientemente un acuerdo comercial con Perú y ha iniciado tratativas con la Comunidad Andina, con Venezuela, México, la India y Sudáfrica. También se han encarado negociaciones conjuntas en el formato 4 + 1 con Estados Unidos dentro del AICA y con la Unión Europea.

OMC Y AICA

En el plano multilateral, la Argentina y Brasil conjuntamente con otros países latinoamericanos y otros importantes países en desarrollo —el llamado originalmente G22—, presentaron propuestas alternativas a la Unión Europea y a Estados Unidos en la reunión cumbre de la OMC, celebrada en Cancún. A pesar de las presiones y resistencias, pudieron defenderse dignamente posiciones negociadoras relevantes para nuestros intereses y evitaron que los temas agrícolas fueran sustraídos de las negociaciones, tal como sucedió en la anterior Rueda Uruguay.

Más allá de que ese fracaso de la OMC, difícilmente pueda ser revertido en el corto plazo, y que ese resultado no nos favorezca, a pesar de que mantiene vigente la próxima expiración de la *cláusula de paz*, es evidente que también constituye un testimonio novedoso y alentador sobre las posibilidades de crear un frente alternativo de intereses para evitar que sólo prevalezcan los objetivos de los países dominantes. Téngase presente que la Unión Europea, y Estados Unidos, que se sumó a su postura, pretendían incorporar concesiones en el área de servicios, propiedad intelectual, compras gubernamentales e inversiones, sin que se pudiera cuestionar el enorme andamiaje de sus subsidios agrícolas.

En contraste con la prédica engañosa sobre las intenciones de liberalizar y multilateralizar el comercio mundial, es útil mencionar que en realidad los que están creciendo hoy en el mundo son los acuerdos regionales y bilaterales. Hoy, la mitad del



comercio mundial se realiza a través de esos acuerdos y todo hace pensar que esa proporción se incrementará en el futuro próximo. En esa perspectiva, Estados Unidos, por ejemplo, está poniendo en práctica su voluntad de concluir acuerdos bilaterales de libre comercio con varias naciones de Asia, África y América Latina con las que puede hacer valer su peso asimétrico. Esto podrá preocupar en el próximo futuro a países como México y Chile, que verán disminuidas sus ventajas bilaterales por la concesión de similares condiciones a naciones más competitivas.

La unidad de acción mantenida por Brasil y la Argentina en las negociaciones por el ALCA, procurando que ellas se lleven a cabo entre Estados Unidos y el Mercosur y que los temas agrícolas no sean excluidos, amenaza también con debilitar aún más los alcances de ese entendimiento regional.



A pesar de las expectativas interesadas creadas en nuestra opinión pública sobre las ventajas que tendría el ALCA para nuestro país, es bueno destacar aquí que son muy pocos los estudios realizados sobre los beneficios concretos que, en el actual esquema negociador, podríamos recibir. El estudio más serio hasta ahora realizado sobre este tema ha sido el del Centro de Economía Internacional de la cancillería argentina, que hizo un análisis con modelos computados de equilibrio, pero son sólo cálculos de aproximación, por lo que no tienen valor predictivo preciso. Según sus conclusiones, el ALCA, tal como está hoy orientado, podría hacer crecer las exportaciones en sólo un *catorce por ciento*. Aunque parece sorprendente, según el mismo estudio los aumentos mayores de nuestras exportaciones, fuera del Mercosur, serían a México y Canadá (ciento cuarenta y seis, y ciento veinte por ciento, respectivamente).

CAMBIO DE PERSPECTIVAS

Frete a este panorama que muestra las inciertas perspectivas mundiales y la dificultad de articular reglas estables internacionales, contrariando las previsiones optimistas de los noventa, está creciendo en toda Latinoamérica el convencimiento de que sólo un radical cambio de perspectivas sobre las exigencias del tiempo y una unidad de acción en defensa de nuestros intereses podrá permitirnos alcanzar niveles satisfactorios de desarrollo y bienestar para nuestros países. Ya mencionamos el cambio de paradigmas en curso y el fracaso de las recetas con que se han administrado nuestras crisis. En ese sentido, considero muy valioso que

en la Argentina se haya producido no sólo un quiebre del otrora *pensamiento único*, sino que se hayan ido consolidando algunas certezas básicas sobre la realidad política y económica que impliquen relevantes cambios cualitativos de concepción y de acción, de directa incidencia en la política exterior. En forma sucinta, son los siguientes:

- Hoy es fundamental y prioritario recuperar la autoestima nacional, base de la confianza en las propias fuerzas y en las posibilidades de elegir y decidir sobre nuestro destino de Nación. Después de una insistente y prolongada prédica interesada en mostrar las ventajas de todo lo extranjero y de procurar imponernos recetas inadecuadas a nuestras necesidades, con la promesa de una ilusoria entrada al Primer Mundo, se han abierto camino, desde los centros académicos a los medios de opinión, sólidos análisis que demuestran las falacias intelectuales construidas sobre la globalización y el papel del Estado; al mismo tiempo se ha despertado la conciencia sobre las calamitosas consecuencias de esas ópticas en el empobrecimiento progresivo del país. No ha sido casual que aquella pérdida de aprecio y estima hacia todo lo nuestro, haya abarcado no sólo a nuestra gente, sino también a nuestra industria y a todas las conquistas sociales duramente conquistadas.

- La política exterior de un país constituye una parte indisoluble de sus políticas globales y debe ser la expresión de sus reales y mayoritarios intereses y necesidades. La reciente negociación con el Fondo Monetario Internacional ha podido incorporar al acuerdo alcanzado nuestras necesidades de consolidar un desarrollo sustentable. Contra los inevitables cultores del *no se puede* es posible mostrar que con convicciones firmes y determinación *estamos pudiendo*...

- Sin un claro involucramiento de nuestra población y en especial de los sectores dirigentes nacionales, con esta renovada y esperanzadora mirada será muy difícil sostener el timón frente a este embravecido mar mundial y las importantes *quintas columnas* insertas dentro de nuestras ciudadelas. De ese modo, se podrá dar consistencia y durezza a la implementación de las políticas anunciadas y evitar que ellas se limiten a gestos intermitentes. Esto permitiría asimismo ponderar desde una opinión pública concientizada si la ejecución se ajusta a los objetivos. Tenemos que prepararnos para una larga marcha, con muchos sobresaltos, por lo que la inteligencia nacional será indispensable para sostener estas convicciones. De Gaulle decía que su



Por otra parte, esa concepción, en el marco de la construcción de mercado real,

siempre se lo oculta, la posibilidad misma de que exista y funcione un agente indispensable para asegurar el desarrollo, la necesaria equidad y otros demeritados, debe retornar su insustituible papel de promotor y regulador social no hay ni sociedad estable, ni Estado ni Nación, El Estado, asegura trabajo, desarrollo y la superación de las escandalosas desigualdades sociales que sin Estado no hay Nación y que sin políticas que permitan un desarrollo de modo directo,

hoy una conciencia generalizada entre nuestros sectores dirigentes de que des están incorporadas a nuestro imaginario social. Por otra parte, existe amplias a toda Sudamérica. Las encuestas muestran que esa prioridad no sólo los acuerdos promanor con el Mercosur, sino la necesidad de sentimiento mayoritario de nuestra población acepta ya con naturalidad evidente que nuestro crisis de razas ya se ha consolidado y que el de nuestro lugar en el mundo, y de nuestra identidad como Nación, es aún se siguen acomodando con visiones contradictorias o bursales respecto demeritado estético e incondicionales. Aunque muchos argentinos insertión natural en el *barrio latinoamericano*, sino que se han en el continente no sólo son hoy locales y se oponen a nuestra Las tentaciones y veleidades de considerarnos una isla europea propósitos pertenece de modo irrevocable a Latinoamérica.

• La Argentina, por su historia, geografía, lengua, cultura y maciones y visiones ultramarinas. propia y existen demeritados colonizadores por informaciónes nacionales. Se prefiere la opción del extranjero a desde los intereses contrarios, más que de las necesidades, urgencias visiones extranjeras de nuestra realidad, muchas de ellas denigratorias, o sean enfocados desde nuestros propios intereses. A ello contribuyen la internacional y que los comentarios que sobre ellas se realizan rara vez sea venían afectados con ellos.

El curioso que en la Argentina haya escasísimos analistas de política mundial permanentemente a cuestionar los ambiciosos proyectos que ponía en marcha, alimentados por los poderosos intereses de otras latitudes que mayor enemigo era el *partido de la izquierda*—el partido del extranjero—, que



ridares con tecnología nacional o que el Estado pueda emprender múltiples obras públicas dinamizadoras de la economía.

• Las urgencias de la pobreza y el hambre en nuestras poblaciones no pueden ser postergadas.

CONSENSO DE BUENOS AIRES

Con todos estos enunciados han coincidido recientemente los presidentes Lula y Kirchner y han alentado a los restantes países sudamericanos a sumarse a estas convicciones para defenderlas en el escenario mundial.

El así llamado Consenso de Buenos Aires podrá transformarse en un punto de inflexión en la política exterior e interior latinoamericana —digo latinoamericana porque es importante que México y las naciones centro-americanas no sean marginadas de nuestra voluntad asociativa—. México, sobre todo, necesita restablecer lazos intensos con sus vecinos sudamericanos para ampliar su acción exterior y sus intereses más allá del NAFTA y compensar su dependencia de su gran vecino con una participación mayor en los dilemas latinoamericanos, de los que, sin duda, también participa.

También será indispensable mantener la unidad de acción en los foros multilaterales y en el ALCA, e instalar progresivamente en las opiniones públicas y en los sectores dominantes de los países-centrales el convencimiento de que sin desarrollo en el mundo periférico no habrá paz ni seguridad internacional, que sin claras y justas reglas económicas internacionales ni disciplinamiento de los irresponsables fondos especulativos transnacionales, no podrá consolidarse un previsible orden internacional, o atender intereses y necesidades de los países-centrales. La crisis de producción y la desaceleración progresiva en las economías desarrolladas deberían alentarlas a expandirse hacia nuevos mercados que tengan posibilidades de desarrollo y un mayor poder adquisitivo. Existen intereses que bien entendidos pueden ayudarlos a este cambio de perspectivas.

Otro objetivo prioritario deberá apuntar a la restitución a la Organización de las Naciones Unidas de su papel principal como ordenador de las relaciones internacionales, y así, evitar que el desorden, las revueltas, el terrorismo y la imprevisibilidad hagan del mundo un escenario cada vez más peligroso.



PROMISORIAS PERSPECTIVAS

La falta de convicciones magnánimas y de imaginación para estructurar un nuevo orden internacional de los principales líderes mundiales, su dependencia de mayorías electorales erráticas y descontentas, el vaciamiento progresivo de contenido y legitimidad de los sistemas democráticos—transformados en espectáculos mediáticos manejados por aparatos políticos y con cada vez menor participación ciudadana—, el envejecimiento demográfico, la insatisfacción y la inseguridad creciente de las poblaciones son, entre otros, signos que nos están advirtiendo con crudeza que tal vez estemos ante el umbral de un cambio de los paradigmas hasta ahora dominantes en el mundo.



El filósofo norteamericano Richard Rorty sostiene que las sociedades desarrolladas están cada vez menos capacitadas para dar respuesta a estos dilemas y que el mundo en desarrollo está en mejores condiciones para imaginar y proponer, por paralelas necesidades, nuevas instituciones, nuevos modos más justos y participativos de convivencia, nuevas formas de producción y de desarrollo social que puedan asimismo oxigenar y tonificar a aquellas.

Por otra parte, nuestras singularidades y urgencias deberían alentarnos a defender nuestras diferentes concepciones, no sólo en acciones sostenidas en el plano internacional, sino también en nuestras respuestas interiores. O inventamos o creamos, solía repetir Simón Rodríguez, el sabio preceptor de Bolívar, al advertir que gran parte de las recetas importadas eran inadecuadas para aplicarlas a nuestra América.

A su vez, esta convergencia programática de Brasil y la Argentina, en la medida que, sin protagonismos de liderazgo y con generosidad de propósitos, pueda hacerse extensiva a todos nuestros vecinos, permitirá involucrarnos más resueltamente y con nuestras propias visiones en los grandes conflictos de nuestra región. Así también podremos sustraernos, como en los casos de Bolivia y Colombia, a que las soluciones nos vengán impuestas desde otras latitudes.

Nuevas ópticas y perspectivas están anunciando, pues, prometedores cambios en Latinoamérica. ■